

La peste

VICTORIA PREGO

EL MUNDO, 24.05.09

Hay que fijarse bien porque todavía es pronto, pero ya se ha detectado: los diputados críticos que en febrero pasado estuvieron dispuestos y preparados para intentar defenestrar a Rajoy dando por hecho el fracaso del partido en las elecciones gallegas y vascas, han empezado a moverse de nuevo. No es nada concreto de momento, pero justamente después del Debate sobre el estado de la Nación que sumió a muchos populares en el desánimo, «las hormigas volvieron a juntar sus antenas» mientras brujuleaban por los pasillos del Congreso de los Diputados.

Ese debate ha dejado entre los cuadros intermedios del PP una extraña sensación de ocasión de oro perdida que se suma a la perplejidad que produce a muchos de ellos el planteamiento de la campaña electoral de las europeas, con viejas caras, mensajes viejos y una constatable ausencia de pasión. Más claro: que la percepción de que puede que no se gane con claridad al PSOE empieza a instalarse entre los diputados de la segunda generación que se saben el relevo inexorable de esa aristocracia aznarista que, con un par de excepciones, ambas femeninas, sigue reinando hoy en la calle de Génova.

Pero la suya es una inquietud dramáticamente pasiva porque, por no tener, los jóvenes turcos del PP no tienen ni siquiera un capitán hacia el que volver sus ojos. El único que en su día pudo ser la esperanza de los miembros de la nueva generación pepera, el que había llegado más alto, el que tenía más poder territorial, mayor presencia y más ascendencia, no sólo les dejó huérfanos cuando en el congreso de Valencia decidió

cerrar filas junto a Rajoy, sino que acaba de quemar su capital político con una actuación personal que le ha desnudado de todo atisbo de carisma, algo imprescindible para reconocer a un líder entre una multitud de hombres grises.

Puede que Francisco Camps consiga salir absuelto de este juicio en el que el episodio de los trajes ha colocado el asunto en el campo de lo directamente ridículo. Puede incluso que el juez decida archivar el caso, suponiendo, claro, que el capítulo importante, el de las adjudicaciones de contratos a Orange Market, no desvele al final ninguna irregularidad que obligue al presidente valenciano a presentar su dimisión. Pero lo que es seguro es que Camps nunca más podrá volver a ocupar el papel nuclear de lo que podríamos llamar «el PP del futuro». Ese puesto ha quedado vacante y el único que podría ocuparlo ahora es el gallego Feijóo. Pero Feijóo, un tipo inteligente y con nervio político demostrado, no tiene la menor prisa: sabe que tiene muchos años por delante y se va a dedicar plenamente a Galicia. Así que no respira en este asunto. Como dice uno de sus compañeros de partido, está como en las películas de submarinos: «abajo periscopio, silencio máquinas».

¿Y Rajoy? ¿Por qué Rajoy y toda la dirección del partido, sin la menor fisura, han decidido atar de esa manera tan directa su suerte política al destino judicial de Camps? ¿Por qué en todo este episodio del sastre y El Bigotes ha sido el valenciano el que ha venido dando las instrucciones y la dirección de Madrid las ha secundado obedientemente, cuando en el resto de los casos la cúpula de Génova se ha comportado de manera completamente opuesta? Primero, porque Camps tiene mucho poder en el PP: preside un gobierno y eso es poder en estado puro. Segundo, porque Rajoy le está agradecido por el apoyo que recibió de él cuando

las cosas le vinieron mal dadas y la relación de lealtad entre ambos es ahora mismo estrecha. Tercero, porque en Madrid nunca han tenido información exacta de lo que de verdad estaba pasando en Valencia. Y eso ha sido así porque el propio Camps y su apóstol en Madrid, González Pons, se han estado preocupando de que la dirección no se preocupara.

Pero les ha salido muy mal la operación porque, una detrás de otra, sus informaciones han terminado siendo desmentidas por la realidad. Primero dijeron a sus jefes que el Tribunal Superior de Justicia de Valencia no iba a admitir el caso a trámite. Y lo admitió. Luego les dijeron que el juez iba a declarar la nulidad de las actuaciones. Y el juez no la declaró. A continuación les aseguraron que su señoría no iba a llamar a Camps como imputado. Y no sólo lo llamó sino que no le ha levantado la imputación. Durante todo este tiempo, además, Camps y Pons o Pons y Camps han convencido a la dirección de que lo único que hay en este caso es el asunto de los trajes. Pero está claro que el juez quiere indagar en los contratos con Orange Market.

Visto lo visto, nada garantiza ahora que vaya a confirmarse lo que ellos todavía sostienen: que el juez ha llamado a todos los funcionarios que han tenido algo que ver con los contratos con la empresa de El Bigotes y ha pedido prueba pericial sobre la contabilidad porque está acumulando pruebas para redactar un auto de archivo sólidamente fundamentado. Veremos.

Lo único que sí se puede confirmar de todo este episodio es que en Madrid se sigue confiando ciegamente en Camps. Y aquí es donde aparece la cuarta y última razón que puede explicar la sorprendente tranquilidad con que Rajoy y su equipo afrontan el asunto de Valencia:

que su preocupación verdadera, la auténtica, la más grave, reside en Madrid y se llama Luis Bárcenas. El hoy tesorero del partido que antes fue gerente, el hombre que lleva 25 años controlando las cuentas del PP es la última persona a la que ellos querrían ver delante de un juez porque todo lo gastado, todo lo cobrado, todo lo contratado por el partido desde los tiempos de Fraga lo ha gastado, cobrado y contratado él. Son muchos años, muchos los secretarios generales que han ido desfilando ante los ojos de Bárcenas y muchos los contratos que se han firmado con Francisco Correa, el jefe de la trama de corrupción que ha infectado ya a demasiados altos cargos del Partido Popular.

«Correa es como la peste», suele decir un alto responsable del PP. «Ha entrado en todas las casas, ha penetrado en todos los rincones, ha contaminado todos los espacios y se ha acercado a todas las personas. Unas se han contagiado y acabarán muriendo. Otros no y sobrevivirán. Pero la peste seguirá expandiéndose durante mucho tiempo». Es la descripción exacta del papel jugado dentro de las filas del PP por un hombre que, sin tener el carné del partido, sí tenía un teléfono con número corporativo, de esos de cuatro cifras. Una extensión. Del poder. «No militaba en el partido, estaba incrustado en él», explica este dirigente. Todos han hablado con Correa, todos han estado con él, y aún no se sabe con certeza cuántos han sido contaminados por la peste y cuántos han logrado sobrevivir.

Pero, de entre todos ellos, el que más preocupa a los dirigentes populares es, precisamente, Luis Bárcenas. El partido le protege, ya se ha visto, porque él ha pedido esa protección pero también porque en la dirección se sabe que el destino de Bárcenas es inseparable del destino del PP. Nadie ignora que todas las interioridades y todas las posibles

suciedades que hayan podido producirse a lo largo de décadas descansan en el archivo de su cabeza. De modo que si, por esas cosas de la vida, Luis Bárcenas acabara siendo imputado, no por un asunto de enriquecimiento personal sino por algo que tuviera que ver con la financiación del PP, y decidiera no tragarse el sapo en solitario, podría desatarse una catástrofe. En Génova temen que el círculo judicial se esté estrechando y tienen miedo también, aunque no lo digan, de que lo de Bárcenas se salde peor que lo de Camps. Es más: algunos piensan que antes de las elecciones europeas pueda producirse una de esas filtraciones capaces de noquear toda posibilidad de victoria. Es la peste, silenciosa, sin piedad.